

12795-935

Aníbal Alves

M O R I R
CON LAS
LETRAS
PUESTAS

Compilador: Raúl Mello

L.422. 796

Montevideo

1995

trata de saber que vivimos en una libertad política, y en una democracia en devenir. En devenir —digo— porque aquella formidable idea de gobierno: por el pueblo, con el pueblo, para el pueblo, es un devenir constante, que tenemos que perfeccionar entre todos. Ese pasado que invocamos hoy no es cosa muerta. Sólo Mefistófeles, el diablo, pudo decir "el pasado es como si nunca hubiera existido. Y aun el mismo diablo tuvo que reconocer: "sin embargo, se mueve aún en alguna parte. Nosotros que no somos demonios, ni ángeles, sino hombres y mujeres de todas las edades, sentimos que ese pasado vive en nosotros, como un imperativo ético, como una orientación ideológica, como una petición de honestidad, de esfuerzo, de sacrificio. Por nosotros, como quería Artigas, y por la felicidad pública, como lo exigió siempre. Esa no es nada más que una pequeña visión de esta Patria oriental. De ese espíritu, como lo fue Artigas. Donde somos pocos, sin fronteras naturales. Pero allí, en cada paso está el espíritu artiguista, y siempre estará la frontera de nuestros corazones, inspirados por él.

FLORES MORA⁽¹⁾

El 18 de julio de 1906 se realizaba un acto en Montevideo, y el orador de aquella tarde dijo las siguientes palabras: "Aquí se congregarán en lo venidero los ungidos

(1) Conferencia pronunciada en la Sala del Auditorio Municipal de Artigas en 1985, una vez recuperada la vida institucional del país.

de la voluntad popular, aquí, inspirados por el amor a la libertad y a la justicia, por el estudio y por la ciencia, resolverán los más arduos problemas de la vida nacional. De aquí irradiará a todo el país un fulgor intelectual y moral cada vez más intenso. Aquí se elaborará la felicidad, la grandeza y el honor de la patria". Eran palabras de don José Batlle y Ordóñez al colocar la piedra fundamental del Palacio Legislativo. Con esa primera piedra —entre otras memorias— se guardó sabiamente un ejemplar de la Constitución de la República. Sobre aquella se levantó el Palacio en mármol impoluto, de tal manera, que cuando el Presidente de la Asamblea General dijo el pasado 15 de febrero: "los representantes del pueblo tienen la palabra...", la república volvía a ponerse de pie, volvía a colocarse en el sitio que no debió dejar. Y lo mismo sucedía en las 19 Asambleas departamentales, donde los representantes del pueblo tenían y vuelven a tener la palabra. 15 de febrero de 1985. Allí en las raíces del Palacio Legislativo—granito y mármol— está guardada la Constitución de la República. Sólo arrasando hasta sus raíces al Palacio Legislativo podrá tocársela, como tampoco podrá arrancársela de nuestros pechos. Está en el fondo de nuestros corazones como mandato de las Instrucciones del Año XIII. Y esos pechos podrán ser arañados hasta con garra de tigre, pero nunca destrozado el de todos. Las multitudes jubilosas rodeaban las Asambleas del pueblo en ese 15 de febrero. Pero ese júbilo debió ser manchado, acibarado por una gota de pena, como si una némesis funesta, de las que tenían los antiguos en los tiempos de mentalidad prelógica, cuando se pensaba que a los muy felices, una divinidad vengativa

importante, y hay otros, y ya lo ganó un uruguayo... y por ahí siguió. Pero, apelemos a otro testimonio: Juan Carlos Onetti, el mayor narrador uruguayo vivo, ganador del Premio Cervantes, que en una carta le dice: "aquella Casandra —se refiere a una obra de M. Flores Mora— que dejaste perder y morir, mostraba la más bella prosa que me fue dado leer en aquellos días". Son esas obras de Flores Mora, que se consideraban perdidas, y que hoy parece que felizmente están siendo reencontradas y rescatadas. Flores Mora encaminado a la Literatura, se encuentra en determinado instante de su vida frente a una alternativa, que ataca, que acecha a muchos hombres de talento, sobre todo, en estos países, donde la escasa densidad de población lanza a los corazones generosos a todos los campos al mismo tiempo, y se duda entre hacer política, escribir, obrar, entre dedicarse a la ciencia solamente, o a la acción sobre los hombres.

Tal, lo que vivieron, por ejemplo, José Pedro Varela, José Batlle y Ordóñez, tantos otros. Escribir u obrar. Recrear en la obra literaria un transmundo para mejorar el mundo, o actuar directamente sobre el hombre para salvarlo. Cervantes ya había enseñado bien esto, cuando antes que don Quijote fuera don Quijote, estando en su casa, vaciló. No sabía si escribir la obra de caballería perfecta, o ser caballero andante. Se define por lo último. Sale a los caminos. Y así, porque lo quiso, fue don Quijote. Flores Mora elige el mismo camino. El segundo. Y de ahí su vida de acción, que se desdobra en dos aspectos: la vida política y el periodismo. Diecisiete años legislador, diputado tres veces, senador después, ministro de Ganadería y Agricultura; ministro de Trabajo y por 42 días,

renuncia en defensa de lo que considera libertades. (Hay al respecto un anecdotario muy lindo). Y el segundo aspecto: el periodismo, que es literatura cuando se lo practica a la manera de Larra o de Rafael Barret, y como lo practicó Flores Mora. Que es también una manera directa de actuar, de vivir sobre el hombre en ese día, en ese instante. Y es así periodista en *El Diario*, en *Marcha*, en *Acción*, y en las radios *Ariel* y *Sarandí*. Y así es calificado como el periodista más brillante de su generación. El hombre, que según alguien, enseñó a leer al revés los periódicos, porque como escribía las magistrales contratapas, nos acostumbramos a empezar la lectura por la última tapa. El hombre de los títulos magistrales. En aquellos juveniles años de nuestras vidas y de la vida del país, cuando aún no habíamos tenido tantos problemas y dolores, cuando el triunfo deportivo en Maracaná, titula para siempre: "La pelota es la pelota, y Uruguay es su profeta". Un artículo memorable. Es ese el hombre joven que titula como un maestro, y que poco tiempo antes de su muerte, cuando García Márquez recibe el Premio Nobel, pone como título de la noticia: "El Premio Nobel recibe a un García Márquez", destacando así que García Márquez era más importante que el Nobel, muchas veces, mal otorgado. Por esa imaginación tituladora —como dice con elegancia tan especial Real de Azúa— yo pienso que se asemeja a Carlos Quijano. Por eso, y por su pasión nacionalista en campos diversos de opinión. Pero, por su simpatía humana, directa, cordial, avasallante —que parece no haber poseído don Carlos Quijano— está mucho más cerca de su amigo maestro, Paco Espínola. Fueron amigos entraña-

bles. Político, periodista, historiador. En un célebre diario editado por el diario El País sobre Artigas, entre una docena de artículos especializados, tres son de Flores Mora. El mismo dice: "¿qué hombre puede hacer política, si no siente la historia? y agrega: "¿cómo podría entender la historia, si no le importara la política?" Concibe a la política como servicio, como sacrificio, como conciencia actual de lo histórico, hasta el punto en que llega a esta definición: "la política es la forma más alta de la filantropía", y cuando intercambia cartas con Ferreira Aldunate —que ya han sido publicadas— lamenta —celebrando el tener hijos combativos— que ambos tendrán que renunciar a muchos placeres, a muchos descansos, a muchos deliciosos anonimatos, porque para el uruguayo, para el verdadero político uruguayo, sea cual fuere su signo, la política ha sido dedicación, sacrificio, modestia, y hasta pobreza. Pronto aparecerán las biografías de Flores Mora, la recopilación de sus artículos. Imposible seguirlo en medio siglo de vida creadora y combativa. Simplemente trataré de invocar aquí ante Uds. la última etapa: la que contiene la forma suprema de su heroísmo, cuando enfermo, destrozado por una enfermedad terrible, ya no es el joven que dice "la pelota es la pelota...", sino que con los restos de una voz ya postiza, dice: "No quiero que mi voz se vaya a la tumba sin pronunciar la palabra amnistia". Es co-fundador en ese instante —y lo testimonia Zumarán— del Comité por la Defensa de los Derechos Humanos, y escribe las contratapas de Jaque, o las dicta cuando ya no puede tomar la pluma, o la máquina. ¿Cómo fueron posible las contratapas, —ese prodigio de pensamiento, forma inimitable que nadie puede supe-

rar—¿Cómo pudo crearlas este hombre enfermo, y qué pensó?

Yo deliberadamente no quise buscar testimonios de sus íntimos o de sus hijos. Yo quería esta noche hablar como uno cualquiera de Uds. de lo que supimos de Flores Mora a través de la radio, de la televisión, de la prensa. No busqué testimonios. Ya aparecerán. Pero yo pienso, que tratándose de un conocedor de Homero como él —al que aprendió a amar en las clases de Paco Espínola—, tiene que haber acudido a su mente aquel concepto del hombre homérico, del cual para tomar un solo ejemplo: cuando un héroe está combatiendo, y se da cuenta que el dios protector lo abandonó, que es inevitable la muerte, en lugar de derrumbarse, dice, —como en este caso— "cercana tengo la pernicioso muerte", pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria, sino realizando algo grande, que llegara a conocimiento de los venideros, y entonces, se arrojó como el águila de alto vuelo se arroja a la llanura, como si pudiera triunfar. Flores Mora —claro— con su humanismo moderno, no piensa simplemente en la gloria feérica, personal de un guerrero antiguo, sino que busca otro tipo de salvación en la obra al servicio de sus contemporáneos, de sus compatriotas, de la República. Porque era temeroso de emplear la palabra Patria, que es demasiado solemne, demasiado grande para los propios labios, y decía: República. Y es así como cada contratapa es una afirmación de defensa del estado de derecho, del sistema democrático, de la tradición republicana, de la convivencia pacífica. Un apostolado que nos pide cada día, a cada paso, que los uruguayos sepamos dialogar y entendernos en paz para salvarnos todos. Y

*cruzado de palabras
 y al fin reconcentrar
 mansamente mirando un monte
 alado de luciérnagas
 desde el poniente alado del café.
 No llamo ni a tu silla vacía,
 ni al amigo,
 que parece seguir hablando siempre.
 Todos quieren soñar
 qué hubiera dicho.
 Yo me resigno a soportar tu falta.*

*Hasta otra vez aunque no exista otra.
 De tu viaje sonoro
 el fin del viaje es lo que duele.
 Duele sólo el puerto.*

No vamos a multiplicar los ejemplos, pero hay dos —por lo menos— insoslayables. En medio de las fatigas, de los fragores de la construcción de la república renacida, Wilson Ferreira Aldunate encuentra tiempo para escribir sobre su gran adversario en la Cámara, Manuel Flores Mora, quien un día le había dicho: "Hicimos lo posible por odiarnos, pero claro, nunca pudimos conseguirlo". Hay muchos recuerdos. Cuando Manuel Flores estaba en cama, sin voz, por la intervención quirúrgica, llega Ferreira Aldunate a visitarlo, y le dice: "fuiste el diputado más asqueroso (creo que esa fue la palabra) de todo el Parlamento". Flores Mora, que no puede responderle, levanta dos dedos, y le dice así, dos, el segundo, devolviéndole el cumplido, que tantas veces se habían arrojado en la

Cámara. Dice Wilson Ferreira Aldunate: "Durante mucho tiempo se seguirá hablando de Manuel Flores Mora, y escribiendo sobre él, pero no habrá evocación que no sea insuficiente, ni interpretación que no resulte errada. Maneco era Maneco y punto. Trate alguien de imitarlo, y se cubrirá de ridículo... Y nadie podrá pretender siquiera parecerse a este hombre que fue unas veces sucesivamente, y otras a la vez, fuerza tremenda y emoción temblorosa, audacia y timidez, ataque ciego y piedad fraterna. Y todas esas cosas siempre con elegancia y estilo. Maneco es sobre todo un elogio al Uruguay que lo hizo posible. (Ese es el título del artículo). Durante estos terribles once últimos años él sentía el dolor del país, su gente, pero también temor por su futuro. Hoy puedo definir ese temor como un ejemplo. Era el miedo de que tanta mediocridad pudiera destruir en esta tierra la posibilidad de que en ella nacieran tipos como Maneco. Y es cuando se nos muere que comprendo que el miedo era infundado".

Y el Dr. Julio María Sanguinetti, Presidente de la República, en medio de las tareas y responsabilidades que toma sobre sí, se hace tiempo para escribir un extenso artículo de homenaje a Manuel Flores Mora, del cual yo voy a rescatar nada más que este detalle: "... aun cuando nos peleamos, que nos peleamos y fiero más de una vez, guardamos siempre ambos un rincón en el corazón para el otro —como se ha visto—. Entonces cuenta como en momentos difíciles para la república detiene su coche y ve venir hacia él a Manuel Flores Mora —y cuenta— "nosotros estábamos enemistados, y habíamos tenido un sangriento duelo a sable dos años

antes. Naturalmente me puse en guardia con los sentimientos confundidos. Maneco siempre venía de frente, pero nadie podía prever nada. Se dirige a mí que estaba sentado atrás y me dice: "Julio pasaba por aquí quería decirte que mis hijos que están aquí quisieran reconciliarse contigo, y yo tengo ganas de saludar a Marta, tu esposa. Bajé le di un abrazo a los muchachos. Después a él. Y al día siguiente estaba en mi casa tomando un café. Hombre Grande." Hombres Grandes —pluralizaría yo. Y agrega: "Hace unos días llamé a Maneco y lo veía tan bien, en la cumbre de su lucidez intelectual. Le hice un ofrecimiento: la embajada en París y ante la UNESCO. Agradeció emocionado. Sé que fue su última alegría. "Y es para mí un melancólico consuelo, fragancia de melancolía —que dijera Rubén—. Así se titula el artículo del Dr. Julio María Sanguinetti. Y a mí me complace que así escriba, que sea capaz de esta sutil alusión a una juventud ya escapada en el tiempo en aquel instante del diálogo: el uno se dirige a la muerte, el otro hacia la madurez. Porque recoge los elementos de Rubén Darío cuando hace sus Canciones de Otoño. Cuando dice

*mi juventud... ¿fue juventud la mía?
sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...*

Y es placentero que el presidente de todos los orientales sepa expresarse así. Es un orgullo para todos.

"El gentío rompía las ventanas" —recojo la expresión de Lorca. El júbilo popular, las multitudes al saber que Manuel Flores estaba muerto. Sin embargo, se sentía que todo estaba bien. Que todo estaba perfecto. Que aunque

aquello parecía una incongruencia, había una recóndita armonía de vida y libertad. Yo me preguntaba por qué siento así? Es porque la madurez nos da una pena sabia y controlada a fuerza de vida vivida intensamente, de los dolores que en ella se suceden. Porque los restos de una infancia y una adolescencia nutrida de romanticismo, me hacen preferir a los capitanes que caen muertos al pie de la muralla recién reconquistada, entre la ciudad recién salvada. Es el recuerdo del Cid ecuestre, muerto, amortajado en su armadura, venciendo a los enemigos. Es el recuerdo de la última flecha de Robin Hood. O de Rolando en Roscevalles...

Pero si yo sabía, yo sentía que aquello de alguna manera estaba analizado y dicho en algún sitio de mi biblioteca o de mi memoria, que ya estaba reflejado supremamente ese instante, en el cual un pueblo celebra, mientras muere uno de sus mejores conductores. Y al final lo encontré. He aquí un fragmento porque es poco conocido de los jóvenes —creo— porque las ondas generacionales varían. Walt Witman, el imponente poeta norteamericano, escribe precisamente con un motivo semejante la muerte de Lincoln:

*Oh capitán, mi capitán
nuestro espantoso viaje ha terminado
La nave ha salvado todos los escollos
Hemos ganado el anhelado premio
Próximo está el puerto.
Ya oigo las campanas
y el pueblo entero que te aclama*

.....

Oh capitán, mi capitán levántate para escuchar las campanas.

Levántate. Es por ti que izan las banderas. Es por ti que suenan los clarines

.....

Es hacia a ti que se alzan los clamores, que se vuelven sus almas y sus rostros ardientes.

.....